

MARIA BOLOGNESI

(1924-1980)

BIOGRAFIA

PRESENTACIÓN

La biografía de María Bolognesi que sintéticamente presentamos constituye el primer trabajo de divulgación sobre su vida. Aun así el perfil biográfico - *Una vita per i poveri* (Una vida para los pobres) - escrito por Mons. Aldo Balduin, último confesor y director espiritual de María Bolognesi, conserva un valor especial por ser una presentación completa y por la valoración moral que supone. El subtítulo que hemos dado al libro no es nuestro: nos lo indicó el obispo jubilado de la diócesis de Adria Mons. Juan Mocellini, que deseaba presentar a la gente del Polesine la vida de María Bolognesi y que con tal motivo tuvo entre manos una completa documentación sobre su vida. Tenemos la impresión de que la calificación de "mujer silenciosa de la caridad" define bien la vida de María Bolognesi, el sentido que ella quiso dar a su existencia y ese halo de reserva con el que quiso rodearse desde que fue sacudida en 1951 por la difusión, sin saberlo ella, de una imagen de Cristo similar a la de la sábana santa que había quedado impresa en un pañuelo con el que ella cubría su herida del costado. La intervención drástica y justa de la curia episcopal de Rovigo imprimió aún más en su corazón ese deseo de vivir en la oscuridad y lejos de toda notoriedad que ya habían marcado el período precedente de su vida, pero que desde entonces fue una característica esencial de su modo de ser.

Además el subtítulo define concretamente la fisonomía moral de María Bolognesi: caridad, es decir, amor a Dios en una oración incesante y en una permanente consagración de la vida a él; caridad hacia los hermanos a quienes socorría en su indigencia material - participando también ella en cuanto pobre en la pobreza de los demás - y sobre todo, en sus dificultades de orden moral. Estas últimas fueron objeto de las lágrimas, los sufrimientos, las incesantes peticiones de María al Señor, hasta entregarle su vida, para que, a quienes se habían alejado del amor de Dios, les fuera dada la gracia de volver a la casa del Padre.

No presentamos una biografía completa. Se trata, sin embargo, de una síntesis que nos parece suficiente para dejar entrever el largo y sorprendente camino recorrido por María Bolognesi. En la historia de la Iglesia ha habido santos que han tenido experiencias similares a las suyas: verlas reflejadas en la vida de una persona contemporánea, confirma nuestra convicción de que el Señor se preocupa de cada uno de nosotros con una atención particular, una atención que en María Bolognesi se manifestó de un modo extraordinario y muy consolador para nosotros.

Deseamos que la lectura de esta obra lleve a todos consuelo y esperanza, como sucedía a quienes se acercaban a María Bolognesi para confiarle sus sufrimientos y sus penas.

DE LA INFANCIA A LA ADOLESCENCIA

A orillas del Canalbianco, en Bosaro, un pueblecito agrícola del Polesine medio, por el que pasa la carretera n.16 que va de Rovigo a Ferrara, nació el 21 de octubre de 1924 María Samiolo. Su padre natural, A.G., no quiso casarse con su madre ni darle el propio apellido.

Hasta febrero de 1930 María pasó días felices en casa de sus abuelos maternos, asimilando de su abuela Cesira Samiolo una inmensa fe y un gran amor a la oración, que constituirán su equipaje para el resto de la vida.

Al casarse su madre con José Bolognesi, María pasa a vivir en la casa de su padre adoptivo, quien la amará quizá más que a sus otros seis hijos nacidos después.

Con el cambio de casa empieza para María Bolognesi la lucha contra una inimaginable pobreza.

Hubo veces en que tuvo que pasar hasta tres días alimentándose solo de agua. En la escuela no tenía papel, ni lápiz, ni el abecedario. El hambre que pasaba era tal, que tenía que recoger las mondas de patata que sus amigas tiraban para lavarlas y comérselas. Tenía un solo vestido para invierno y verano, días de trabajo y días festivos, y además era lo único con que cubrirse para dormir. En su casa no había comida para nadie, ni siquiera para los ratones. La pobreza comportaba además vivir en habitaciones húmedas e incómodas hasta el punto de perjudicar la salud de todos los componentes de la familia.

La pobreza permanente de la familia Bolognesi llevó a María a ayudar a sus padres en el duro trabajo del campo y a dedicar mucho tiempo a acompañar a sus hermanos menores con inteligente y amorosa disponibilidad.

La dura situación familiar condicionó también los estudios de María hasta tal punto que frecuentaba la escuela de modo muy irregular haciendo sólo dos cursos de educación primaria. En realidad asistió a clase sólo durante cuatro años, de octubre a febrero, porque a partir de marzo tenía que trabajar en el campo.

Estas condiciones de vida marcaron profundamente la vida de María Bolognesi. La afianzaron en un estado psicológico de profunda humildad y le abrieron el corazón a la compasión hacia los hermanos indigentes o enfermos, porque en su casa la pobreza y la enfermedad eran una sola cosa y por su causa María encontró también muy pronto la realidad de la muerte. En breve tiempo perdió algunas personas muy queridas: su abuelo, dos tíos y un hermano. Todo esto hizo crecer en ella una gran ternura y una delicada atención a los pobres, que se fueron expresando progresivamente en la práctica de la "virtud de la misericordia". Esta será después "la perla de su vida".

A lo largo de su vida, María Bolognesi tendrá un Maestro muy especial, que la instruirá y educará interiormente. Su último director espiritual, Mons. Aldo Balduin escribe: "Fue educada en la escuela de la perfecta caridad por Aquel que es el Maestro insuperable". Ella por su parte siguió paso a paso "esa voz siendo fiel a los mandamientos de Dios, a los preceptos de la Iglesia y al ejercicio cotidiano de las virtudes teologales y cardinales, practicando los consejos evangélicos y siendo fiel a las gracias místicas".

Este intenso camino espiritual define cada vez mejor los rasgos de la vida interior de María Bolognesi e incluso su rostro, sus gestos y sus palabras, que transparentan serenidad y confianza en la ayuda del Señor.

Siente la necesidad de participar todos los días en la misa, de frecuentar la catequesis y de orar sin descanso, tanto de día como de noche, en su habitación como en la soledad de los campos, donde trabaja hasta el límite de sus fuerzas en trabajos excesivamente duros para su frágil naturaleza.

LA GRAN PRUEBA

La parábola evangélica del grano de trigo que muere para dar fruto se realiza en María Bolognesi con un ritmo natural.

Dios, en sus misteriosos designios, permite a veces situaciones de atormentada impotencia, sobre todo cuando "un alma quiere emprender el camino del puro amor de Dios". Para María ese momento llegó bajo la forma de posesión diabólica.

Durante año y medio María se encontró inmersa en sufrimientos indecibles que la marcaron física y espiritualmente.

El comienzo del mal coincide con el nacimiento de su hermano Luis, el 21 de junio de 1940. Las fuentes documentales atribuyen el mal a causas bien precisas. Hasta fines de enero de 1942 el

comportamiento de María Bolognesi aparece, cuando menos, extraño. Se alternan en ella momentos de vida que podríamos llamar normales con otros en los que se presenta en una situación indescifrable.

Para poner remedio a este problema, causa de desasosiego para todos los miembros de la familia Bolognesi, que ahora vive en S. Cassiano (Rovigo), pero sobre todo, para aliviar los sufrimientos de María, sus padres piensan intervenir con las bendiciones.

Durante esos meses, para liberarla de su extraño malestar, acuden a ellas varias veces pero sin resultados satisfactorios. María huye aterrorizada cuando advierte la presencia de un sacerdote o cuando alguien lleva agua bendita a su casa. Además hasta el verano de 1941 ella nota incluso una imposibilidad física de para ir a la iglesia. Cuando junto con algunas compañeras - entre las que se encontraban las hijas de los señores Piva- y de los campesinos vecinos a la familia Bolognesi, llegaba al puente que conduce a la iglesia parroquial de S. Cassiano, María se paraba de improviso: una fuerza misteriosa tiraba de su vestido y, a pesar de que no soplabla el viento, sus compañeras notaban los mismos efectos que si soplara con fuerza. En sus testimonios, las jóvenes afirman que volvieron a casa muy asustadas.

En el verano de 1941 el Sr. Bolognesi, sirviéndose de una estratagema consigue que el párroco de S. Cassiano imparta una bendición a María; esta bendición, aunque parece ineficaz, fue seguida de otra más importante dada el mismo día por el obispo de Rovigo.

Considerando la ineficacia de la bendición dada por el párroco de S. Cassiano, los familiares y amigos presentes en casa de los Bolognesi consideraron que se trataba de una perturbación psicológica y decidieron llevarla a Rovigo para que la examinara un doctor del hospital psiquiátrico de Rovigo. A tal decisión se opuso enérgicamente la Sra. Piva, porque, según ella, María no padecía de ninguna enfermedad mental. Por eso, siguiendo el consejo de la Sra. Piva, el Sr. Bolognesi pide que el coche en el que viaja con María y algunos amigos, pase antes bajo las ventanas de palacio episcopal. El obispo, avisado previamente, bendice a la joven desde su ventana y en virtud de esa bendición, María se calma inmediatamente. Habiéndola llevado después al médico, éste habla con ella durante una hora y la manda después a casa con estas palabras: "Puedes irte, María; no tienes nada. come y bebe, y vive contenta".

No por eso terminó el sufrimiento en los meses siguientes. La posesión diabólica ya no era total como en el pasado: la joven puede rezar, ir a la iglesia, participar alguna vez en la misa; pero su cuerpo adelgaza sin cesar hasta consumirse.

Sus sufrimientos son indecibles, hasta inspirar compasión; pero nadie puede ayudarla sino acudiendo a Jesucristo para que la libre de tanto dolor.

A finales de enero de 1942, convencida de que le quedaban sólo tres días de vida, María logra confesarse y comulgar. "Los tres días siguientes fueron muy dolorosos para ella: lloró durante tres noches consecutivas, invocando al Señor y a todos los santos del cielo para que vinieran en su ayuda... Al comenzar el cuarto día, se produjo la curación completa estando en casa de los Srs. Piva".

EL ENCUENTRO Y LA UNIÓN MÍSTICA

Después de ser definitivamente liberada de la posesión diabólica a finales de enero de 1942, la fidelidad de María a Dios fue coronada por el acontecimiento del 1º de abril de 1942, miércoles santo, día en que Jesús se le apareció por primera vez de manera improvisa. Ese día, por insistencia de los Srs. Piva, María obtiene permiso de sus padres para pasar la noche en su casa y durante esa noche, mientras cree soñar, ve a Jesús.

Ella misma cuenta en su diario cómo ocurrió.

"Aquella noche tuve un sueño que me turbó mucho... Una gran luz, Jesús, Jesús, ¿será un sueño? Jesús me habló y me dijo: "María, sí, soy Jesús, ¿me conoces?". De inmediato Jesús le dice que "necesita" su ayuda, pero esta revelación crea aún más incertezas en María, la cual expresa sus dudas: "Pero, ¿eres tú, Jesús? ¿Qué prueba me das para que yo no dude?" La respuesta de Jesús

tiene un carácter espiritual: "María, te pido amor, oración y penitencia". Ella respondió inmediatamente: "Yo no sé orar, no podré corresponderte, soy una nada". Jesús añadió: "María, por eso cuento contigo, porque eres una nada".

El diálogo continúa insistente. El Señor le dice que aprenderá a leer, pero esto, responde María, es imposible, porque no sabe ni leer ni escribir. El responde con decisión: "María, María, tú leerás y escribirás".

En ese momento María vuelve a pedir una prueba de que él es Jesús; quiere que El le dé una prueba. Y El le responde así: "María, dame tu mano derecha. Este es el anillo que te doy. Cinco son mis llagas y cinco son los rubíes de anillo, ¿qué más quieres ahora? Pero este anillo un día será de nuevo mío".

María está estremecida y confusa, confiesa que no entiende nada, pero el Señor le asegura que un día entenderá y que será perseguida, incluso expulsada de la iglesia y del confesionario.

Entonces ella tímidamente replica: "¿Por qué todo esto?" Pero Jesús no le da ninguna respuesta, insiste más bien en los grandes sufrimientos que tendrá que padecer y la exhorta a ser fuerte.

Habiéndose serenado por el tono confidencial que tomaba el diálogo, María expone de improviso una petición: - "Para creer que eres Jesús, te pido una gracia grande, grande". El Señor no se extraña de ello, sino que responde que sabe ya de qué gracia se trata. - "Entonces, si lo sabes, ¿me la concederás? La cuñada de estos señores está enferma, ¿puedes hacer que camine? - "María, sí, yo la puedo curar; tú reza mucho". - "Jesús, ¿puedo contar este sueño a mi confesor?". - "Sí, puedes hacerlo".

La visión, o el "sueño", como lo llama María, se desvanece y ella continúa diciendo: "Estoy aterrorizada, en el dedo tengo el anillo, no entiendo, no entiendo nada".

De hecho, como confirmación de la realidad de la visión, además del anillo, Jesús quiso concederle la gracia extraordinaria que le había pedido. La pariente de los señores Piva había perdido desde hacía meses la posibilidad de caminar y su marido estaba obligado a llevarla en brazos puesto que no podía moverse. María continúa diciendo en su diario: "Con la señora en cuya casa he dormido he ido a visitar a su cuñada enferma, hemos orado y la enferma se ha curado, subió corriendo la escalera y se fue al trabajo. Estoy todavía conmovida. ¿Habrá sido verdaderamente Jesús?".

Inmediatamente María y la Sra. Piva se presentaron al P. Bassiano Paiato, confesor de ambas, para contarle la visión, la entrega del anillo y la curación extraordinaria de la cuñada de la Sra. Piva. El sacerdote las escuchó y mandó a María Bolognesi escribir cada día lo que le iba ocurriendo para que luego se lo leyera. De este modo María empezó a escribir un diario que llegaría hasta 1967.

FAMILIARIDAD CON JESÚS

El primer encuentro de Jesús con María Bolognesi - el 1º de abril de 1942 - tendrá una continuación un tanto especial el 2 de enero de 1944.

Aquel día María, en éxtasis, encuentra a "Jesús, muy triste" y ella le pregunta en seguida cuál es el motivo. La respuesta es inmediata: "Por la conversión de las almas"; y añade: "María, mi flagelo es también el tuyo. Tu cuerpo recibe los mismos sudores de sangre que el mío; reza mucho por la conversión de las almas y por la santificación de los sacerdotes...". La respuesta de María no se hace esperar: "Jesús, usa mi cuerpo y mi persona como quieras, si te es útil, sírvete de mí como de un verdadero estropajo, estoy pronta, con tu ayuda estoy segura de poder pasar por todo".

Jesús replica: "María, mi sudor es también tuyo". Inmediatamente, durante cinco minutos, ella empieza a sudar sangre, y en su diario comenta: "Dios mío qué dolores, si Jesús no estuviera cerca de mí, no podría soportarlos". Las sábanas quedaron totalmente bañadas de sangre. A la mañana siguiente, María, sin que lo adviertan sus familiares, retira las sábanas y las lleva en secreto a casa de la Sra. Piva para que las lave.

En adelante todos los viernes del año, a las tres de la tarde, se repiten normalmente las sudoraciones de sangre. El fenómeno de los estigmas se acentuará en los tiempos de adviento y de cuaresma, durante los cuales María vivirá experiencias de intenso dolor y de grande penitencia, que la

obligarán a quedarse retirada en casa.

Pero volvamos a la visión del 2 de enero de 1944. Durante ella, María preguntó al Señor cuándo terminaría la guerra. Jesús no le respondió, pero le advirtió que, de habérselo revelado, ella habría sufrido mucho, a lo que María replicó que estaba dispuesta a padecer.

Cuarenta días después, el 12 de febrero del mismo año, el Señor le revelará el secreto del final de la guerra.

Aquel día María Bolognesi vio a Jesús "chorreando sangre" y al lado de él la Virgen María.

Después de haberle pedido si deseaba saber cuándo llegaría la paz y haber obtenido una respuesta positiva, Jesús dice a María Bolognesi, como ella cuenta en su diario, que pliegue una hoja de papel en cuatro partes, y luego añade: "Escribe el sueño en secreto, cuidando de no escribir en los pliegues del papel para que no se desfigure la escritura. Conserva la hoja en un pequeño estuche de tela hasta que llegue la paz. Entregarás el escrito a tu confesor para que lo abra y lo lea en presencia de los señores Piva" (Esto ocurrió el primero de mayo de 1945).

Jesús dictó a María lo que ocurriría los días 22, 25 y 26 de abril de 1945, subrayando que el 26 de ese mes, día de Nuestra Señora del Buen Consejo, el pueblo de Crespino (Rovigo) sería liberado por los "americanos indios"; el día después, fiesta de Nuestra Señora de Pompeya, llegará la paz a Europa, pero no a todo el mundo, porque el Japón "presentará mayor resistencia".

Terminado el éxtasis, María, obediente, envuelve la hoja de papel en un trozo de tela, lo cose y se lo cuelga al cuello.

María dejó en su diario el espacio correspondiente al secreto, puesto que lo había escrito en una hoja aparte. D. Bassiano Paiato le preguntó por qué ese espacio estaba vacío y de esta forma llegó a conocer la existencia del secreto. Como el Señor se lo había anunciado, tanto los señores Piva como su confesor insistieron varias veces para conocer la fecha del fin de la guerra, pero María Bolognesi se mantuvo fiel a su compromiso y no reveló ningún detalle.

Todo lo que Jesús había dicho en febrero de 1944 se realizó al pie de la letra. El primero de mayo de 1945 (es decir, después del 26 de abril, pero antes del 9 de mayo) María descosió la tela delante del confesor y de los señores Piva, y leyó el texto escrito más de un año antes, y todos quedaron estupefactos.

A PROPÓSITO DEL SUDOR DE SANGRE

A pesar de la reserva habitual de la interesada, que era respetada también por los señores Piva, algunas personas, sin que se sepa cómo, logran enterarse de lo que sucede. María, en efecto, primero tiene éxtasis, pero con el pasar del tiempo en ocasiones suda sangre y después recibe los estigmas.

Cada vez que suda sangre, María se ve privada de todo movimiento muscular y de la sensibilidad, pero además el fenómeno va acompañado de la exhalación, en el lugar donde se encuentra, de un suavísimo e indefinible olor a rosas. Todas estas manifestaciones, en un contexto social como el que vive María Bolognesi, pueden originar actitudes y reacciones desfavorables.

Para ayudar a efectuar una interpretación objetiva de estos hechos, puede ser útil recordar lo que ha escrito Mons. Aldo Balduin a propósito del "fenómeno de la apertura de las llagas" en su libro *María Bolognesi, una vita per i poveri* (María Bolognesi, una vida para los pobres).

"En tales manifestaciones - dice - se realizaban las condiciones que, según los estudiosos, excluyen el engaño y la ilusión. Estas son: la aparición instantánea, una importante modificación de los tejidos, la persistencia e inalterabilidad a pesar de las curas, hemorragias, ausencia de supuraciones, cicatrización instantánea y perfecta".

Este juicio, fundado sobre el testimonio de expertos, no puede ni debe ser minusvalorado ni ignorado. Tiene además un valor probatorio el modo de comportarse de María Bolognesi en tales circunstancias, que implican toda su vida desde el punto de vista físico y espiritual. Ella no busca nunca aparecer, al contrario, trata siempre de esconder lo que sucede en su espíritu y en su cuerpo. Nada dice a sus padres de los grandes dones recibidos ni tampoco de sus grandes experiencias, sino

que comparte cada día las duras condiciones de su familia.

Los encuentros con Jesús tienen lugar en una atmósfera de oración. En ella se pueden percibir los rasgos inconfundibles del alma de María: su gran confianza y amistad con el Señor, su abandono incondicional a El, su deseo de vivir la oblación de su corazón y de su cuerpo, que la llevan a aceptar humildemente todo lo que Él le pide. Cuando Jesús le dice una vez: "María, tendrás que pasar días duros, te dejo abiertas las heridas en los pies y en las manos", ella, a veces, responde: "No, Jesús, ya sabes que tengo pobres a los que asistir, un enfermo en el hospital al que tengo que visitar, y no podré ir si me das las llagas de los pies: espera 10 ó 15 días". Se diría que María regatea con Jesús. Y Él a veces accedía a sus deseos, otras, no. María en todos los casos aceptaba con la alegría de sentirse útil y con la felicidad interna de unirse a su Señor en sus sufrimientos.

UNA ESCUELA PARA SERVIR CON CARIDAD

En 1946 María, aun permaneciendo en San Cassiano di Crespino (Rovigo), deja su familia de acuerdo con sus padres, para ir a habitar de forma estable en la casa de los señores Piva Ferdinando. Estos eran vecinos de casa y con ellos vivió hasta 1951.

La razón de este cambio de domicilio está en la pobreza de la familia Bolognesi, como lo declara con toda sencillez la madre de María en las palabras transcritas en el diario con fecha de 4 de agosto de 1946: "Si te vas con ellos, nosotros estaremos mejor y más anchos". De este modo quedaba en casa una persona menos que alimentar y, como por otra parte María vivía muy cerca, podía ayudar a su madre a atender a sus hermanos menores.

Considerándolo después, es posible ver en este cambio de residencia un designio divino que lleva a María a dar testimonio de su profunda unión con el Señor en el ritmo ordinario de la vida y a iniciarse en un compromiso apostólico.

En los primeros años, cuando María era muy joven, su generosa disponibilidad se orientaba hacia una atención afectuosa a su familia, para aliviar el grave malestar provocado por la pobreza. Ahora su horizonte se amplía, María se siente dispuesta a dedicarse a la educación de los niños, permitiendo a las madres un trabajo más tranquilo en los campos, pues sabían que sus hijos estaban bien cuidados por ella. Y así el 12 de marzo de 1943, María se convierte de hecho en maestra de una escuela materna, cuando ella había estudiado solamente durante tres años el primer curso y durante un año el segundo curso de la enseñanza primaria, asistiendo a escuela sólo de octubre a marzo.

La familia Piva apoyó decididamente la realización del proyecto de María, comprendió su generosidad y grandeza de ánimo, le prestó el local necesario y supo sostenerla en los momentos difíciles de incomprensión, sobre todo cuando algunos trataron de hacerle cerrar la escuela.

EL DIFÍCIL CAMINO DE LA CONSAGRACIÓN A DIOS

Para expresar su donación a Dios y a los Hermanos, María Bolognesi decidió llevar siempre un vestido negro, casi como si fuera un hábito. Entendía así manifestar su voluntad de pertenecer totalmente al Señor, sin preocuparse de lo que pensarán los demás. Ese vestido que ella amaba tanto le será causa de burlas y de afrentas. Algunos de sus paisanos se permitieron incluso escupir contra ella, obteniendo sólo un encomiable ejemplo de paciencia y aguante cristianos.

Es triste pensar que María fuera despreciada hasta por personas que hubieran debido apoyarla por el trabajo que realizaba en la escuela y por el apostolado que ejercía con los chicos.

Entre todos los sufrimientos que en esta época hieren el corazón de María, la situación más dramática es seguramente la agresión de tres malhechores en pleno campo, ocurrida el 5 de marzo de 1948. Uno de ellos, con un golpe en la sien la deja de improviso casi sin sentido. Arrastrándola luego por el suelo, la llevan detrás de un seto, la amordazan y la atan. Con un objeto no identificado le causan heridas en las piernas y en las manos, hasta arrancarle casi dos uñas de los dedos de los

pies. La dejan así abandonada encima de la nieve. María se dice a sí misma: "Estoy en las manos de Jesús", y en el mismo momento oye la voz de uno de los malhechores: "Piénsate bien de qué partido eres". En su diario ella continúa así el relato: "Me dejaron abandonada sobre la nieve, sin poder moverme; me parecía que mis piernas y mis manos estuvieran rodeadas de llamas. Pero tenía un frío tal que estaba tiritando y sólo podía balbucear algunas palabras, mientras pensaba que no podría volver a casa. Como estaba amordazada, me parecía que me iba a ahogar...". Después de un rato, que a ella le pareció no terminaba nunca, los tres malhechores vuelven e intentan inútilmente "contra la pureza"; la hieren aún más en las manos y en las piernas, y después le desatan las manos, le quitan la mordaza y huyen. Con inauditos esfuerzos, María llega toda desfigurada a casa de los Piva, quienes la socorren inmediatamente.

Desgraciadamente los malhechores quedaron en el anonimato y en la impunidad, mientras su víctima fue obligada, ese mismo año, a dar explicaciones a la autoridad judicial sobre lo ocurrido. María, en efecto, por causa de las calumnias que corrían en el pueblo, es acusada de autolesionismo y de simulación de reato. Sólo más tarde, en octubre de 1948, se aclarará todo. El juez, después de haberla interrogado como imputada por el delito de simulación, según el art. 367 del Código Penal, la absuelve plenamente "por no haber cometido el hecho".

Al salir de la sala del tribunal de Rovigo, María se limitará a decir a quienes le han acompañado y han compartido con ella ese Calvario: "Señor, perdónalos, porque yo ya los he perdonado".

OTRAS PRUEBAS: LAS ENFERMEDADES

Sometida a la prueba en todos los aspectos de la vida, María continúa a vivir fielmente su pertenencia al Señor, convencida como estaba de que las pruebas encontradas a lo largo de la vida no son signo de rechazo sino elección por parte suya.

En efecto, junto a las pruebas de naturaleza moral o espiritual, hay que colocar también otras que son las enfermedades. Año tras año, la naturaleza de María se ve minada por una serie de contratiempos que afectan a su salud: pulmonía, broncopulmonía, apendicitis, oftalmía crónica, oxiuros, vómitos, anemia, reumatismo, ciática, laringitis y faringitis crónicas, neuritis cardíacas, que en diciembre de 1971 producirán el primer infarto, seguido de recaídas cada vez más frecuentes y graves.

Como consecuencia de estas enfermedades - muchas veces infravaloradas o descuidadas, porque algunos médicos del lugar las consideraban "imaginarias" - María se ve obligada a emprender el nuevo camino que la Providencia le prepara alejándola de San Cassiano.

La primera ausencia se produce el 19 de octubre de 1950. María deja por un tiempo la familia Piva para ir a Rovigo, a la casa de la señora Wanda Guerrato. El cambio de domicilio se debe a la necesidad de cuidados médicos, que María necesitaba con urgencia y que sólo podían serle suministrados en la capital de la provincia. El 4 de diciembre de 1950 estaba de nuevo en casa de los señores Piva, pero al año siguiente tuvo que volver varias veces, por el mismo motivo, a la casa de los Guerrato, hasta que el 7 de diciembre de 1951 se traslada de manera definitiva, permaneciendo en esta casa hasta el 9 de octubre de 1955.

María conservó un profundo agradecimiento por todo lo que había recibido tanto de los señores Piva como de los señores Guerrato. Esta última familia ofrecerá a María la posibilidad de ser atendida por médicos especialistas en Rovigo y en Padua. Ello le permitirá someterse a análisis, diagnosis y tratamientos a veces dolorosos, sobre todo, por su enfermedad ocular, la queratitis folicular.

Como para pagar una deuda, María ayuda a la señora Wanda en los quehaceres domésticos, cuando la salud se lo permite. En los momentos libres, a la actividad en la casa de los Guerrato, añade sus obras de caridad en favor de los pobres y de los enfermos.

María volverá con frecuencia a la familia de los Piva, para ayudar, al menos por algunos días, en los trabajos del campo, pudiendo así disfrutar del aire libre, como escribe en su diario. En esa casa

pasará también casi todo el período de la cuaresma del año 1952 y del 1953. Ese mismo período del año 1954 María lo vivió en un lugar desconocido, y en 1955 en Sperlinga (provincia de Enna, Sicilia).

A partir de agosto de 1954, María irá varias veces al monasterio de las Agustinas de Ferrara para pasar algunos períodos de retiro y de recogimiento .

Las relaciones de María con la señora Wanda están marcadas por un delicado sentimiento de afecto por los muchos beneficios recibidos.

EL SEGUNDO ANILLO

En 1942 María había recibido del Señor - como hemos dicho - un anillo con cinco rubíes; Jesús, entonces, al dárselo, le dijo: "El anillo un día será de nuevo mío". Esta profecía se realizará trece años después, en la cuaresma de 1955.

Ese año María vivía este período del año litúrgico preparatorio de la Pascua, lejos de casa, en Sicilia, en Sperlinga (provincia de Enna), como ya hemos dicho.

Lejos de Rovigo y, sobre todo, de su director espiritual, María, puesta a la prueba por el Señor mediante diversas purificaciones pasivas , se siente sola. El mismo Jesús, que se le presenta en una visión después de varios días de absoluto silencio, usando un lenguaje menos familiar y en cierta medida inusual, le invita a optar: "María te dejo elegir: si quieres volver a casa, vuelve". Las palabras de Jesús intentan poner a la prueba el amor de María y su disponibilidad a sufrir por El. María resiste a la tentación de volver a casa, la supera, animándose a sí misma a cumplir con su deber.

Se intensifica el sufrimiento: se le abren las llagas de los pies. Los alimentos que le ofrece la buena familia que la ha acogido le "revuelven el estómago", hasta tal punto que sólo puede tomar "dos cafés al día y un poco de sopa en la comida".

La noche del 2 de abril, sábado, Jesús, sin presentarse a María, le quita el anillo que le había dado 13 años antes. La reacción de María se expresa en estas palabras: "Jesús no me restituirá el anillo", y añade: "Jesús, úsame como quieras".

Enferma, casi sin fuerzas y con poco dinero, con una fiebre de 39°, el 5 de abril, martes santo, siguiendo la orden recibida de Jesús, se pone en camino para volver a casa. No conocemos las etapas de su viaje. Sólo sabemos que el 7 de abril, jueves santo, llega a S. Giovanni Rotondo (Foggia), donde se aloja en una "pensión" .

Al día siguiente, 8 de abril, viernes santo, a las diez de la mañana empieza su anual participación en la pasión del Señor. A las tres de la tarde se le aparece Jesús: los sufrimientos de María son muy intensos y van acompañados de un sudor de sangre que empapa las sábanas. En su diario ella transcribe su intensa y apasionada conversación con Jesús. El Señor le habla afectuosamente: "María, ¿cómo estás?" y añade después una pregunta de una infinita ternura: "María, ¿cómo has podido llegar hasta aquí con los pies en ese estado (tenía los estigmas abiertos) y con una fiebre de 39° ?". A la ternura de Jesús corresponde la ferviente profesión de amor hecha por María: "Jesús, ya ves que te amo tanto, tanto, tanto. Yo soy toda para Ti".

Después de tantos sufrimientos, Jesús le anuncia su decisión de quitarle todas las heridas. Pero además quiere premiarla con un regalo especial: "Mira, mi anillo es tuyo de nuevo". María mira el anillo y queda sobrecogida: "Jesús, Jesús, este no es el anillo que me habías dado antes, este es un anillo grande, ¿por qué, Jesús?".

La respuesta del Señor no se hizo esperar: "María, te dije que aquel anillo pequeño estaba formado por cinco perlas porque cinco son mis llagas y que un día ese anillo pequeño sería mío de nuevo. Ahora mis cinco llagas han sido grabadas en tu cuerpo, este es el anillo del Hecce Homo". Jesús continúa diciendo que ahora el anillo se lo dejará para siempre y que deberá sufrir mucho todavía porque Él necesita de sus sufrimientos. María le responde generosamente: "Jesús, cuando quieras y como quieras; si para bien de todos nosotros fuera necesario dar mi vida, la ofrezco de buena gana "

UN NUEVO MANDATO

Al volver a Rovigo, a la casa de los Guerrato, María continúa su intensa actividad de apostolado y servicio en favor de los necesitados, siempre confortada y ayudada por la señora Wanda.

De abril a julio de 1955 se producen algunos hechos nuevos en la familia Guerrato. La señora Wanda sufre una primera operación de apendicitis y de un absceso. Contra el consejo dado por María, que desde el 23 de febrero de 1955 se mostraba preocupada por su intención de operarse de anginas, la señora Wanda se somete a tal operación en Bolonia el día 15 de julio. Esta intervención quirúrgica tendrá como consecuencia la muerte de la interesada.

Después de este hecho luctuoso, María se encuentra a disgusto: la señora Wanda le proporcionaba la asistencia femenina de que necesitaba, ya sea por el tipo de experiencias místicas que se producían en su vida cotidiana, ya sea por las muchas necesidades unidas a su frecuente estado de enfermedad. Así pues, María, con una fiebre alta y persistente, se traslada en octubre de 1955 a la casa de la señora Novella Matassi, casada con el señor Mantovani y residente en Rovigo. Acogida en la familia Mantovani como una hija, María continúa su convalecencia durante ocho largos meses, es decir, hasta mayo de 1956, atendida con mucho afecto por la señora Novella y por su hija Zoe.

Podemos ver un plan providencial en los diversos cambios de residencia de María Bolognesi. En un primer momento su acción benéfica y pacificadora se extiende desde su propia familia a la de la familia Piva, que le ayuda a superar en el silencio varios momentos difíciles unidos a sus primeras experiencias místicas y a las dificultades provocadas por varias personas contrarias a sus actividades escolares y catequísticas.

Después, con el traslado a Rovigo, a la casa de la señora Guerrato, la actividad de María se extiende progresivamente hasta fuera de los confines de su diócesis. Obligada a ir frecuentemente a Padua, para los tratamientos médicos, María se aloja durante algún tiempo en casa de una pariente de la señora Guerrato en Tencarola (Padua). La impresión que causa en todos los que entran en contacto con ella es tan positiva que algunas personas alejadas de Dios, encuentran en sus palabras el camino de la conversión o motivo para pensar en el sentido de la propia vida.

Lo mismo acontece en Rovigo, las personas que están en contacto con la señora Wanda, llegan a conocer también a María. Entre estas personas destaca Zoe Mantovani. A pesar de ciertos juicios negativos y de opiniones contradictorias, las personas que entran en contacto con María Bolognesi descubren la profundidad y riqueza de sus sentimientos, su extraordinaria religiosidad unida a una caridad siempre disponible y afectuosa.

Estas cualidades excepcionales hacen que las personas se interesen por María y la busquen. Todo esto aumentará con el traslado a la casa de los Mantovani. En efecto, una de las características de esta familia, ya desde cuando residía en Stanghella (Padua), era la generosa acogida de los pobres. Ninguno de ellos había llamado a su puerta sin ser atendido. Y no se trataba sólo de dar un trozo de pan (tan apreciado en aquellos tiempos), sino que habitualmente se les invitaba a entrar en casa y a sentarse cómodamente mientras comían lo que se les servía. Este tipo de acogida constituía una tradición firme y antigua de las familias Matassi y Mantovani.

De esta forma se entiende que la acción caritativa de María Bolognesi no encontrara ninguna dificultad en la nueva familia que la había acogido.

OTRO SIGNO DEL CIELO

Continuando la sucesión de los acontecimientos, volvemos a 1955. El Señor quiso premiar la noble acogida que la familia Mantovani dispensó a María Bolognesi, y lo hizo a su manera. A los veinte días de la llegada de ésta, y precisamente en la primera mitad del mes de noviembre de 1955, ocurrió un acontecimiento singular.

María, obligada a guardar cama desde su llegada a la casa de los Mantovani, se alojaba en la habitación de Zoe y de la señora Novella. Una noche, mientras María está en éxtasis, empieza de

repente a llorar. Sus compañeras de habitación se despiertan y, viéndola en ese estado, esperan que la visión desaparezca para preguntarle por el motivo de su inconsolable llanto. María explica que Jesús le ha quitado el anillo con la figura del Ecce Homo. Pero lo que más la duele no es verse privada del anillo, sino la razón que llevó al Señor a quitárselo. María concluye que debe haber sido por culpa suya, pero no sabe exactamente por qué y siente haber ofendido al Señor, aunque haya sido sin saberlo. Zoe trata de consolarla y al fin vuelven a acostarse las tres.

No había pasado mucho tiempo, cuando María se pone de rodillas encima de la cama y, de nuevo en éxtasis, su rostro se ilumina de alegría. Zoe y la señora Novella, todavía despiertas, ven aparecer en el vacío el anillo de oro macizo que se coloca solo en el dedo de María. Este hecho produjo a la madre y a la hija un susto indecible. Durante todo un año ambas adelgazaron oprimidas por una experiencia que no podían contar a nadie, pero al mismo tiempo se sentían muy felices y profundamente agradecidas al Señor por el don que les había concedido.

Por el contrario, para María todo esto parecía un hecho natural y su comportamiento no sufrió la más mínima variación.

EL HORIZONTE SE AMPLIA

Obligada a guardar cama hasta mayo de 1956, los primeros meses de permanencia en casa de los Mantovani no consienten a María dedicarse a su apostolado entre los pobres y los enfermos. Pero a partir del segundo semestre del año, María, gracias a una curación casi improvisa, comienza una actividad frenética que la lleva a Parma, Pesaro, Pellestrina (Venecia), Bagni di Lusnizza (Udine), Udine, Lendinara (Rovigo), Riccione, Merano, Ferrara, Arezzo, Rassina, etc. Esta infatigable actividad no cesa ni siquiera en los meses de verano, que pasa, por motivos de salud, junto al mar o en la montaña .

Cuando entra en contacto con las personas, María descubre nuevas dificultades o necesidades. A veces le abren el corazón confiándole situaciones delicadas. Sacerdotes, religiosas, matrimonios le cuentan sus problemas o debilidades y le piden la ayuda de su oración. María escucha a todos y luego habla de ellos al Señor.

A veces se trata de enfermedades mortales, y la oración de María ante Jesús se hace más insistente hasta llegar a ofrecer la propia vida por la curación física o moral de la persona por la que reza. En las páginas de su diario encontramos los consejos que le piden o que ella ha dado: pueden descubrirse en sus narraciones una prudencia y una sabiduría extraordinarias, sobre todo teniendo en cuenta que María es una persona sin estudios. Ella misma se admira de esto y pregunta a los conocidos, a los médicos, a las personas de cultura, por qué se dirigen a ella que es una "pobrecilla" . Esta era la calificación que ella consideraba la más oportuna para designarse a sí misma, y esto también cuando hablaba con el Señor.

Su actividad benéfica, aun desarrollándose en la oscuridad y con gran reserva, es conocida por muchas personas, que desean ayudarle en esta delicada misión de amor a los hermanos. Y así aumenta también el número de los benefactores, a veces llegando hasta personas de buena posición y muy disponibles a dar una mano a María. Ella se alegra de tener tantos benefactores - así los llama identificándose con los pobres destinatarios de su acción - y se muestra siempre atenta y disponible, como si quisiera pedir perdón por las molestias causadas. Pero este modo de proceder atrae aún más su benevolencia.

Naturalmente, María pide siempre ayudas bien calculadas. Cuando el benefactor es un médico, le presenta casos que otros no han conseguido resolver o que no pueden ser atendidos por falta de recursos económicos.

Pero si ella pide, hay que decir que también da. Sus benefactores reciben la delicadeza de una amistad que obtiene de Dios unos horizontes humanamente desconocidos. Su oración y su ayuda sobrenatural a los benefactores se extienden a círculos cada vez más amplios, de manera que no se sabe quién haya dado o recibido más.

AMOR Y CREATIVIDAD

Una de las formas más copiosas de la acción apostólica y caritativa de María Bolognesi era la asistencia en los hospitales. A veces la realizaba en favor de personas desconocidas que le venían presentadas y su asistencia se prolongaba día y noche sin interrupción durante semanas, pues no cabía la posibilidad de hacer turnos.

Así se comprende cómo María haya pensado en la posibilidad de una obra que ayudase a resolver algunos de los problemas de los enfermos cuando eran dados de alta en el hospital. Los pobres que ella atendía provenían, la mayor parte de las veces, del campo y sus casas, sobre todo en invierno, eran húmedas y no tenían calefacción, y por lo tanto eran poco aptas para la convalecencia. Así iba naciendo en su mente una idea: construir una casa acogedora, donde recibir a los que salían del hospital, para ofrecerles la posibilidad de recuperarse. Habla de ello con los amigos, la idea se propaga y es bien recibida. Empiezan a llegar los donativos. Estamos en abril de 1967 y el terreno donde debe surgir el edificio está finalmente disponible.

Después de haber comprado legalmente el terreno, se produjo improvisamente la muerte del vendedor y una contestación del contrato que se concluyó precisamente en abril de ese año mediante la permuta con otro terreno edificable. De esta forma María se convierte en propietaria, junto con Zoe, de un terreno para construir el edificio proyectado, que se llamará "Casa de María". Además del aporte de las donaciones recibidas, María añade su propio trabajo. Una mañana de febrero de 1968, de manera improvisa, decide ponerse a pintar. Sale de casa, compra lo necesario: lienzos, colores al óleo y pinceles. Al volver la nueva pintora empieza su actividad artística con increíble naturalidad.

Sus cuadros representan generalmente naturalezas muertas o paisajes y tienen un estilo naïf. Su primera tela representa unos pájaros exóticos sobre unas ramas de espino y lleva la fecha de 29-2-1968. Muchos otros cuadros le seguirán, que sus amigos compran felices de poder contribuir de este modo a socorrer a los pobres, principal y constante preocupación de María.

LOS PLANES HUMANOS Y LOS PLANES DE DIOS

No siempre los planes humanos coinciden con los de Dios. Desde 1966, María habitaba con Zoe en un ático de la calle Mazzini. Los peldaños de la escalera eran muchos y ella, cada vez más fatigada, desde 1969 respiraba con dificultad al subirlos.

Por eso María tiene prisa por entrar en la nueva casa, pero el edificio situado en la calle G. Tasso todavía no estaba terminado. Una serie de obstáculos, que habían desembocado en una larga polémica judicial, atrasaron las obras.

Se llega así a julio de 1971. Zoe vive una doble angustia: por la salud de María y por las preocupaciones del vivir de cada día. Las dos amigas deciden entonces dejar el ático de la calle Mazzini, para liberarse del alquiler, que resultaba demasiado gravoso para su presupuesto.

Obtenidos los permisos de la autoridad competente, las dos se trasladan a subsuelo del edificio todavía en obras, y adaptan algunos locales como lugar de residencia.

En agosto de este año, durante la permanencia veraniega en Lastebasse, María cae sin sentido en la iglesia. Es el primer signo de un futuro infarto. A pesar de las advertencias del médico sobre los peligros inherentes a su estado de salud, María siente el deber de ir a Termeno (Bolzano) para comprobar las condiciones de salud de una monja del monasterio de Ferrara. La visita a la enferma convence a María de la necesidad de albergar a la religiosa en la casa de acogida de la calle Tasso en Rovigo, durante el mes de septiembre, aunque el edificio no esté todavía terminado. Esa monja será la primera y la última enferma recibida en esta casa que hubiera debido desarrollar, sobre todo, ese tipo de actividad.

La agravación progresiva del estado de salud de María culmina con su primer infarto el 6 de diciembre de 1971. Inmediatamente después fue internada en el hospital de Rovigo hasta el 5 de enero de 1972.

Después de este grave contratiempo, María no recupera ya un estado de salud suficiente para continuar su actividad directa y constante del período precedente. Sus amigos la ayudarán, lo mismo que sus benefactores y todos los que tenían en ella un punto de referencia en los momentos difíciles de su vida.

Cada vez más débil y enferma, incapaz del mínimo esfuerzo, el 25 de mayo de 1972, es llevada urgentemente al hospital de Monselice (Padua) para una cura de cuidados intensivos de 17 días. Su único consuelo es poder volver a casa el 10 de junio y encontrar todo arreglado. En efecto, durante su hospitalización, se resuelve la cuestión judicial de la casa y se obtiene el permiso para hacer de nuevo algunos trabajos mal realizados anteriormente (ventanas, puertas...). Un obrero ayuda a arreglar todo en breve tiempo y, cuando María vuelve, puede ser alojada ya en el segundo piso del edificio, en un sitio seco y aireado.

En ese momento el mobiliario está casi completo, gracias a la generosidad de los benefactores, entre los que se encuentra también ahora el padre natural de María, A.G.

Así pues, al volver del hospital María encuentra una doble fuente de alegría: la de la familia y la de la nueva casa que le permite volver a su vida acostumbrada. Y, sin embargo, no existe alegría que no vaya acompañada de alguna pena. Muy pronto María se dará cuenta que la nueva casa empieza convertirse para ella como "una jaula para un pájaro". Debiendo vivir en un segundo piso con 34 peldaños que subir, tendrá que renunciar a muchas cosas... . Ni siquiera podrá gustar la alegría de pasear por el jardín, que ella había ideado, o de sentarse en un banco a la sombra de un árbol para respirar el aire fresco en una tarde de verano. Sólo desde su ventana podrá admirar las hermosas flores, que plantadas o sembradas con cariño durante la primavera, atraen la atención de los que pasan por la variedad e intensidad de sus colores.

Cuando puede bajar al jardín, María lo primero que hace es detenerse un momento en oración ante la estatua de la Inmaculada, que ha querido colocar como protección de la casa y de las personas que en ella habitan o que vienen a visitarla.

Podemos preguntarnos cómo era la vida de María, dada la precariedad de su salud, cuando termina el verano y comienza la estación del otoño. Pues bien, continúa interesándose por todos y, si advierte la necesidad, interviene de modo enérgico. No pudiendo desplazarse, convoca a las personas a Rovigo, las acoge a la hora de comer para poder dialogar después en la sala de estar serenamente sentada en "la poltrona", la suya, que le permite disimular su cansancio y su sufrimiento.

EL NUEVO APOSTOLADO

La casi total inmovilidad y las prohibiciones de los médicos que puntualmente le recomiendan que no salga de casa, abren un nuevo capítulo en la vida de María Bolognesi.

El mayor sufrimiento le viene dado por el alejamiento de Jesús eucaristía. Una vez por mes el párroco y otra el director espiritual y confesor alivian este sufrimiento del espíritu. Algún otro sacerdote intuye también su secreto padecimiento y le trae, a veces desde muy lejos, el don del sacramento eucarístico.

Otra causa de dolor es el no poder encontrar a los pobres y a las personas que le son queridas en sus momentos de dificultad. En parte puede remediarlo a través de la colaboración de sus amigos, pero hay situaciones que sólo su intervención directa puede resolver. Y en esos casos María recurre, además de a la oración, a otros dos medios, que son el teléfono y la correspondencia, cuando las fuerzas físicas se lo permiten.

Mientras tanto su jornada transcurre en el silencio y recogimiento. La meditación, la lectura espiritual, y sobre todo, el rosario, llenan el cielo de su alma en los momentos en los que la enfermedad más la debilita. La pintura de estilo naïf es además para ella un buen entretenimiento. A pesar de todo, no faltan los motivos de sufrimiento. Continúan en ella, a pesar de su precario estado de salud, los padecimientos a los que el Señor le quiso asociar según las modalidades indicadas en 1942 y 1955.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

A estos sufrimientos hay que añadir otros. En 1974, a la hospitalización de algunas personas queridas con la consiguiente preocupación y ansia, sigue en el corazón de María el dolor por la muerte de su hermano Luis y de la señora Mantovani, madre de Zoe.

Hay otros dos motivos de sufrimiento que la hieren de forma especial y por razones opuestas: acciones que tienden a denigrarla y otras que tienden a exaltarla.

Le hace mal, ante todo, la malicia de una persona que propaga calumnias contra ella, a sabiendas de la falsedad de lo que dice. María lo siente no sólo porque la persona no dice la verdad, sino también porque la calumnia se dirige contra quien siempre ha tratado de hacerle el bien (1974).

Otro tipo de dolor que le llega muy dentro, es el que le viene de ciertas atenciones. El deseo de hacer el bien y un afecto poco inteligente, para ensalzarla a los ojos de los hombres (aunque sean hombres de Iglesia), tienden a quitar de su vida el velo de reserva con el que ella había escondido su relación con Dios (1975).

Hay también otros motivos de padecimiento en el corazón de María. De ellos trata incesantemente con el Señor en el secreto de su oración. La situación del mundo, tan alejado de Dios, atrae la atención orante de María, como también el gran número de personas que en esos años abandonan el sacerdocio o la vida religiosa, produciendo en los fieles un cierto desamparo y escándalo.

El terremoto de la región de Friuli en 1976, con todos los problemas que comportó, la llevó a un estado de agitación. Se preocupa de las personas conocidas en esas tierras y les ofrece generosamente hospitalidad en su propia casa, aunque el ofrecimiento no obtuvo ningún resultado por causas ajenas a su voluntad.

En mayo de 1977, su situación de extrema debilidad obliga a los médicos a someterla a algunos análisis probablemente realizados en el hospital de Monselice.

En este mismo hospital María fue internada varias veces entre los años 1972 y 1978. Su amiga Zoe la recuerda así en esos momentos: "Era siempre paciente, amable, pronta para llevar una palabra de consuelo a los demás enfermos. Iba a visitarlos habitación por habitación en todo el sector donde ella se encontraba. Hay que subrayar el hecho curioso de que todos los enfermos, después de haberla conocido y haber intuido el calor y la generosidad de su corazón, le restituían la visita. Sentían la necesidad de encontrarse de nuevo con ella, de verla y de estar cerca de ella. Fácilmente así, por la noche, después de la cena y de las visitas de los médicos, se podía ver a estos enfermos llegar hasta la habitación de María para saludarla y ella, que estaba sufriendo, sabía infundir ánimos a estas personas que también sufrían... . Muchas de las personas conocidas en el hospital le hacían visitas después en su casa de Rovigo para encontrar en sus palabras ese calor y esa serenidad que infunden ánimos y permiten confiar en la ayuda de Dios..."

A los momentos de hospitalización seguían las curas en la localidad marina de Pellestrina durante el mes de julio y en Lastebasse durante el mes de agosto

Podría pensarse, al recorrer esta larga serie de hospitalizaciones y enfermedades, que la existencia cotidiana de María estaba envuelta en el manto gris de la espera de la muerte. Nada más lejano de la realidad. No sólo la pintura, sino también la costura y el bordado alegraban y daban serenidad a sus días. Incluso, en 1977, a petición de María, el maestro Pedro Piombo, colega de Zoe, irá a la casa de la calle Tasso para enseñar a tocar la guitarra a esta ya no tan joven alumna. Hay que decir también que María había aprendido a tocar el piano desde hacía años y, con Zoe, ejecutaba sonatas a cuatro manos.

Junto con la música, María estudiaba también la gramática y perfeccionaba su sintaxis en lengua italiana. Mediante un ciclo de dictados, Zoe consiguió que hiciera progresos en el arte de escribir y esto se puede comprobar comparando el estilo de los primeros diarios con las cartas escritas en los últimos años.

LAS ULTIMAS PREOCUPACIONES

Viéndose cada vez más impotente frente a la enfermedad y sintiéndose gravosa para Zoe, en 1977 le vino a María la idea de ingresar como interna en alguna institución. Decía en una carta fechada en la Pascua de 1978: "... No estoy cansada, pero veo que Zoe está siempre preocupada; me veo impotente y me retiraría con gusto porque es una pena y muchas veces me siento como un peso muerto..."

De hecho, la situación va empeorando hasta tal punto que en el invierno de 1978-79, el médico que la cuida, sabiendo que cada hospitalización es para María una "tortura", decide atenderla en casa incluso suministrándole suero. El médico podía, en efecto, contar con la colaboración de una buena enfermera, que permanecía junto a María mientras se le suministraba el suero y retiraba la aguja colocada en la vena por el médico. Para los análisis de sangre, otra enfermera, desde hacía mucho tiempo conocida de María, se prestaba para recoger la muestra a domicilio.

Pero el momento más difícil de sus últimos meses de vida, se produce el 19 de junio de 1979, cuando se vio obligada a demostrar ante el juez la falsedad de la acusación que le había hecho una persona mal informada, que pretendía quitarle la tercera parte de la propiedad de la nueva casa de la calle Tasso, n.49. Después de interrogar a María y a Zoe, propietarias del edificio, el juez comprueba fácilmente la ilegitimidad de la denuncia y aconseja a quien la ha formulado que la retire, si no quiere que se proceda inmediatamente en contra suya por delito de estafa. Así se concluye este asunto que repercute, sin embargo, de forma definitiva en la frágil salud de María. María, en efecto, había ido al tribunal en bicicleta, a pesar del parecer contrario de Zoe. Las emociones y la debilidad de su estado de salud le impidieron volver a casa con el mismo medio de transporte. Tras un primer intento, se vio obligada a volver en taxi y tuvo que ser inmediatamente internada en el hospital de Rovigo.

Dada de alta el 27 de junio, se traslada cuanto antes, junto con Zoe, a Lastebasse: será el último período veraniego transcurrido en montaña.

El último asunto judicial ha supuesto un golpe para su moral, pero ella trata de recuperarse. No sólo perdona, sino que trata de encontrar una colocación a quien estaba en el origen de tanto disgusto. Al volver a Rovigo escribe a una amiga: "...no sólo me cuesta recuperarme, sino que siento un malestar en las piernas como si tuviera siempre fuego que me quema y alfileres que me pinchan" (18/9/1979). A causa de estos nuevos problemas de circulación y al agravarse su enfermedad cardíaca, en octubre del mismo año tendrá que ser internada nuevamente.

El tratamiento médico no da los resultados esperados, y Zoe continúa asistiéndola día y noche con generosa entrega. A pesar de ser consciente de cuanto le sucede, María afirma que se siente "serena"; pero no se encuentra bien. Sus días transcurren en oración y dando un espacio mayor a la pintura.

Llegamos así al día 29 de enero de 1980. "Ese día María se levanta más bien tarde, hacia las once. Después de una frugal comida, se reposa en la sala durante algunas horas, siempre absorta en la oración. Recibe la visita de algunas personas amigas, que le hacen compañía mientras confeccionan un delantal que María se pondrá para no mancharse cuando se dedique a pintar. Son pocas las visitas, pero numerosas las llamadas telefónicas. María dice a Zoe que no se siente con fuerzas para responder. Sólo poco antes de cenar, dada la insistencia de una amiga de Ferrara, acepta hablar con ella, tratando como de costumbre de ofrecer una palabra de alivio... Se trata de una llamada telefónica excepcional, no sólo porque es una de las últimas de María, sino porque ella dirá que siendo viernes, y primer viernes del mes, no sentirá necesidad de recibir la Eucaristía de manos humanas, porque el Señor vendrá directamente a busca su alma" .

Aquella noche María se entretuvo hasta las 11 terminando un cuadro con un paisaje de invierno. Al acabarlo, llama a Zoe para escuchar su parecer sobre la pintura recién terminada.

Hacia las dos de la mañana del 30 de enero, María enciende la luz y se levanta para tomar una pastilla que alivie sus fuertes dolores estenocárdíacos. Pero, a pesar de haber tomado la medicina, su

respiración se hace cada vez más difícil.

Zoe intuye que ha llegado otra crisis y, encontrándose sola en medio de la noche, llama por teléfono no sólo al médico sino también a la sección de urgencias del hospital para internar a María, pues siente que ha llegado su fin. De hecho, cuando llegan simultáneamente la ambulancia y el médico de familia, María ha dejado ya esta tierra.

Antes de espirar, María pide insistentemente perdón a Zoe. Esta, sólo más adelante comprenderá el significado de aquellas palabras. Le pedía perdón por dejarla sola, sin avisarla antes, en medio de tantas preocupaciones y problemas.

La obra querida por María de una casa para personas convalecientes, queda inacabada. Con su improvisa despedida, María deja a sus amigos la misión de proseguir con perseverancia y fidelidad el tramo de camino que ha quedado abierto a la sensibilidad y solidaridad de los hermanos; en efecto las iniciativas realizadas en el campo de la beneficencia y de la asistencia públicas, no han conseguido resolver los problemas dejados por la pobreza a las personas solas y marginadas.

EN ESPERA DE LA GLORIFICACIÓN

Los despojos mortales de María reposan en el cementerio de Rovigo, en una tumba normal, la n.18, en el tercer pasillo de la sección 5a. Ante ella una cruz de madera rodeada muchas veces de las flores que manos amigas colocan como agradecimiento por el bien recibido.

Aunque haya desaparecido de esta vida, María sigue presente en la existencia cotidiana de la gente. Después de su muerte, las personas que la conocieron y que recurrían a ella, han continuado rezándola. Bajo las pequeñas piedras que cubren su tumba, personas desconocidas continúan colocando trocitos de papel en los que expresan su agradecimiento por haber sido escuchadas de nuevo por María.

También los proyectos y las iniciativas que María había realizado tienen una continuidad, y van aumentado gracias a numerosos amigos y sostenedores. Todos ellos se dan cuenta de que para que la vida tenga un sentido pleno, debe moverse y expresarse con las formas y modos propios del Evangelio, aunque a veces no sean cómodos.

Cuanto viven su vida cristiana siguiendo el testimonio evangélico de María, se han propuesto convertirse en expertos en la atención a los pobres y a los enfermos, para que lo que María llevó a cabo durante su vida, continúe floreciendo.

Para favorecer este camino espiritual y para poner las bases de un servicio a personas necesitadas, el "Centro de estudios - Amigos - María Bolognesi" programa, desde hace tiempo, un encuentro mensual de oración y reflexión sobre su espiritualidad en el día de la muerte de María (el 30 de cada mes) .

Han adquirido particular relevancia las fechas de nacimiento (21 de octubre) y de muerte (30 de enero) de María, que son celebradas solemnemente con una eucaristía, presidida generalmente por el Postulador de la Causa de canonización de María Bolognesi y por un nutrido grupo de sacerdotes que conocieron a la Sierva de Dios.

En la celebración del 30 de enero de 1991, el Postulador comunicaba a la asamblea litúrgica, reunida para recordar a María, que el obispo diocesano había presentado la petición de apertura de la causa de canonización. Un fuerte aplauso llenó las naves de la iglesia de San Francisco y Santa Justina de Rovigo, expresando así la admiración y la emoción de todos los presentes.

APERTURA DEL PROCESO DE CANONIZACIÓN

Con la misma emoción, a las 9,30 del 21 de octubre de 1992, una multitud extraordinaria de fieles llenó el templo de la Rotonda de Rovigo, para participar en la solemne concelebración de la misa votiva del Espíritu Santo en sufragio de María Bolognesi, y para obtener del Señor la ayuda necesaria para que el proceso de canonización, cuya apertura se había fijado para las 11 del mismo

día , se lleve a cabo de manera correcta y positiva.

Después de la concelebración, la multitud, a la que se unieron también otros simpatizantes de la Sierva de Dios, se trasladó a la sala del trono del palacio episcopal, donde el obispo de Adria-Rovigo Mons. Martín Gomiero, acogiendo la petición formulada por el Postulador, dio comienzo al proceso de canonización, presidiendo la sesión de apertura.

La aceptación de las funciones y el consiguiente juramento de los miembros del Tribunal diocesano, actos caracterizados por la severidad del procedimiento burocrático, fueron marcados por las intervenciones del obispo de Adria- Rovigo y del Postulador, P. Tito M. Sartori O.S.M.

Mons. Martín Gomiero puso de relieve cómo toda la actividad del proceso eclesiástico está dirigida a la búsqueda de la voluntad de Dios, a través de los testimonios recogidos sobre María Bolognesi.

El Postulador explicó el significado de la apertura del proceso para la Sierva de Dios como también para el Actor y para la diócesis de Adria-Rovigo y para la Iglesia entera.

Dejamos que el lector imagine la alegría suscitada por estos acontecimientos en quienes, durante tanto tiempo y con tantos sacrificios, han trabajado para dar a conocer la espléndida figura de la sierva de Dios, convencidos como están de ofrecer un servicio a la verdad y a las justas expectativas de cuantos conocieron de cerca el ejemplo de María Bolognesi, ejemplo que nos dejó como recuerdo, como advertencia y como tarea que realizar.